

La emergencia de los partidos de masa

LEDDA ARGUEDAS

En los últimos años, el tema del partido político ha visto acrecentados su importancia y tratamiento en sedes diversas, en una suerte de respuesta inducida por los problemas de la democracia y las crisis periódicas que se observan en los sistemas de gobierno que de ella se reclaman.

Ahora bien, aunque contamos con mayor disponibilidad bibliográfica, los estudios concentrados sobre el fenómeno son definidos más por exigencias empíricas específicas que por un esfuerzo analítico orientado a articular teóricamente el concepto de partido político. En este aspecto, también el marxismo adolece de una grave carencia: la mayoría de los trabajos enmarcados dentro de este enfoque teórico que indagan sobre el partido político, se detienen en el partido revolucionario, respondiendo de manera exclusiva a la urgencia inmediata de organización del movimiento obrero internacional. Una excepción notable en este campo son las anotaciones de Antonio Gramsci en torno a los elementos fundamentales que debe integrar el análisis del partido político.

Sin embargo, existe acuerdo alrededor de una noción general que presenta al partido como la organización permanente de un conjunto humano, unido por la identidad de opiniones sobre la vida política y orientado a conquistar el poder con técnicas más o menos similares.¹ El acuerdo se extiende a otro punto central: hablar propiamente de partidos políticos adquiere sentido real sólo a partir del nacimiento de los partidos de masa socialistas, cuyas características de estructura y funcionamiento se extenderán sucesivamente al resto de las organizaciones partidarias, aun cuando la sustancia programática de estas últimas no se apoye en los planteamientos teórico-políticos del socialismo.

Por otro lado tenemos los diferentes niveles en que puede articularse el estudio de un partido político. El primero es aquel que concierne a las condiciones históricas en las cuales el partido nace y se desarrolla; será

¹ U. Cerroni, "Il partito politico" en *Il partito di massa*, comp. Silvano Belligni, Franco Angelo Editore, 1975, p. 69.

necesario entonces recuperar el perfil y la dinámica de los procesos políticos y sociales que impulsan la emergencia de organizaciones partidarias.

El segundo tiene que ver con las características del partido en cuanto organización. En este aspecto, los partidos de masa aludidos presentan una estructura idéntica: relaciones internas reguladas por estatutos, funcionarios profesionales, elección de los dirigentes y, sobre todo, un encuadre político de las masas que se integra socialmente a través del desarrollo de asociaciones colaterales especializadas.² A este recuento particularizado se agrega lo que Cerroni llama tres características fundamentales: programa homogéneo, organización estable, funcionamiento continuado, que se convertirán en los elementos de base de cualquier agrupación partidaria moderna, sea o no de matriz socialista.³

El seguimiento de las tareas realizadas por los partidos de masa europeos sugiere otro plano de análisis, el cual rescata al partido político como agente que contribuye a estructurar el sistema social, a plasmar los elementos constitutivos de éste y, en esa medida, a determinar su estabilidad.⁴

Cada uno de estos aspectos puede ser objeto de estudios minuciosos. Por el momento, nos detendremos en el que hemos señalado como primer nivel de aproximación, con el objetivo de recuperar algunos puntos de referencia centrales, susceptibles de guiar el análisis en situaciones distintas a la que dio origen al moderno partido de masa.

El surgimiento de los partidos de masa se liga estrechamente con la crisis del Estado liberal, enmarcada por la extensión progresiva del sufragio y por un proceso de heterogeneización social creciente. Quizá resulte obvio anotar que el primero de estos elementos constituye una respuesta a las exigencias del segundo; ambos, actuando cada uno en la esfera de su correspondencia inmediata y combinándose de manera específica de acuerdo a cada realidad nacional, portarán la estructura de representatividad típica del Estado liberal a una mutación definitiva.⁵ El moderno partido de masa es a la vez actor y usufructuario de estos cambios.

El Estado liberal no nace como un Estado democrático. Como señala Giordano Sivini, hasta 1848 democracia es una palabra subversiva, como subversivos son también quienes pretenden llevar a la práctica los principios de libertad e igualdad.⁶ En relación directa con semejante apreciación, los partidos son considerados por los teóricos del Estado liberal como fuente de anarquía: tanto Saint-Just como Robespierre, apoyados por Rousseau, conciben a los partidos como organizaciones necesarias solamente

² G. Sivini, "La sociologia dei partiti e lo Stato" en *Sociologia dei partiti politici*, comp. Giordano Sivini, Il Mulino, 1979, p. 42.

³ V. Cerroni, *op. cit.*, p. 72.

⁴ S. Belligni, "Società civile, organizzazione partitica, Stato. Note sul problema del partito di massa", en *Il partito di massa*, cit., p. 23.

⁵ U. Cerroni, *op. cit.*, p. 81.

⁶ G. Sivini, *op. cit.*, p. 13.

en la lucha contra el despotismo, pero anacrónicas y casi delictivas una vez lograda la victoria de la revolución.⁷

Tales concepciones encuentran sus raíces en el proyecto de la burguesía orientado a la construcción de un Estado que garantice plenamente su dominio en todas las esferas de la sociedad.

Con el nacimiento del Estado liberal, que corresponde a la fase competitiva del capitalismo, la burguesía en ascenso reivindica esencialmente el reconocimiento de la propia posición económica contra la aristocracia parasitaria. En este sentido, su preocupación mayor radica en consolidar el Estado como una instancia externa al proceso de producción que garantice la existencia de la propiedad privada, así como la libre circulación de las mercancías. El Estado se presenta como una esfera ajena a los asuntos del desarrollo capitalista que se consuman en el espacio de la sociedad civil. Con esta óptica, la permeabilidad del Estado liberal a los intereses particulares se realiza por vías informales, a través de relaciones directas en los círculos de corte y de gobierno. No obstante, el canal institucional de la relación sociedad civil-Estado es el de la representación: el parlamento funge, en cuanto institución del Estado, como intermediario y realizador de la "voluntad general", situado por encima de la sociedad, dividida por intereses y concepciones diversas. En consonancia, los diputados manobran libremente, sin obligación de dar cuenta de sus decisiones a ningún organismo fuera del parlamento. Las relaciones entre comités de electores (o de notables) y los representantes o elegidos son discontinuas, básicamente se realizan en el momento electoral. Tal apariencia pretende afirmar la separación entre las instancias del Estado y aquellas que conforman la sociedad civil. Sin embargo, es claro que la representación obedece a intereses particulares cuyo terreno de desarrollo es la sociedad civil. Esto se expresa en las características del cuerpo electoral, cuya constitución limita al máximo las posibilidades de extensión del sufragio.

La pertenencia al cuerpo electoral se define con base en el patrimonio (la propiedad privada) y, por tanto, también de acuerdo a la cultura y a una serie de componentes menos visibles que determinan una posición de prestigio. Con estas exigencias, los partidos de la burguesía liberal se constituyen como un grupo poco homogéneo de diputados y de comités locales de notables, poseedores de una condición económica que les permite la independencia necesaria para desarrollar una actividad política de relativa continuidad y administrar los asuntos del Estado sin necesidad de recompensas monetarias. La "confianza de los colegas" es otro elemento esencial, que se liga de manera directa con el prestigio.⁸

La independencia económica afianza el principio de la representación libre, que a su vez obstaculiza las posibilidades de integración orgánica

⁷ F. Neuman, "Nascita e sviluppo dei partiti politici" en *Sociologia dei partiti politici*, cit., p. 47.

⁸ *Ibidem*, Apud. Weber, p. 49.

entre los comités locales y los grupos parlamentarios: no se encuentra, en los comités de notables, ninguna organización vertical y menos se puede hablar de controles o de dirección central.

Con el mismo desarrollo de las elecciones, los comités de electores irán adquiriendo una connotación más permanente, también a escala nacional, e irán estableciendo una relación cada vez más estrecha con los grupos de diputados. Sin embargo, el principio de la libertad en la representación no desaparece aún. A estas organizaciones políticas un poco más articuladas, Duverger las clasifica como *partidos de cuadros* —para diferenciarlas precisamente de los partidos de masa— y a ellas corresponden las agrupaciones de liberales y conservadores que emergen en Europa desde los inicios del siglo XIX.⁹

El desarrollo del movimiento obrero pondrá en discusión y deteriorará progresivamente el proyecto de Estado vigilante y lejano de la sociedad que la burguesía pretende afirmar como organización política protectora de sus intereses. Desde sus inicios, el movimiento obrero, sobre todo en Inglaterra,* acusa una característica específica: a la lucha por las propias reivindicaciones de clase une la lucha por la democratización política. Las movilizaciones de los trabajadores, conjugadas con ciertos contrastes entre las clases dominantes, consiguen abolir, en la Inglaterra de 1824, el decreto que prohibía las coaliciones. Los cuadros sindicales organizados en el período precedente pueden trabajar ahora a la luz del sol.¹¹ La industrialización más avanzada en relación con el continente, característica de Inglaterra, determina que sea en este país donde se inaugure la lucha por la reforma electoral. En ella se interesan simultáneamente la burguesía y el proletariado. Alrededor de 1830 surge la National Association for the Protection of Labour y en 1832 se logra la primera Ley de Reforma Electoral que extiende el sufragio de 500 a 800 mil personas.¹² Sin embargo, dicha reforma fortalece más bien a la burguesía —en su conflicto con los propietarios de la tierra—, lo cual hace posible un ataque a la clase trabajadora, provocando la disolución de sus organizaciones. Sobreviven pequeños sindicatos especializados y el movimiento obrero se concentra en

⁹ Cfr. Duverger, *Los partidos políticos*, México, 635, 1957.

* Los franceses, después de la experiencia de 1830, se habían empeñado, bajo la guía sobresaliente de Blanqui, en movimientos conspirativos cuyo fin era la conquista violenta del poder. El movimiento obrero alemán carece de relevancia práctica durante toda la primera mitad del siglo XIX y se expresa a través de las organizaciones de exiliados como la Liga de los Justos, que se transformará después en Liga de los Comunistas.¹⁰

¹⁰ W. Abendroth, *Storia sociale del movimento operaio europeo*, Einaudi, 1971, pp. 26-30 [hay ed. en español].

¹¹ *Ibid.*, p. 20.

¹² G. Sivini, *op. cit.*, p. 18 y C. Barraclough, *Guida alla storia contemporanea*, Laterza, 1977, p. 129.

las actividades sindicales y cooperativas exclusivamente.¹³ A partir de 1833, los obreros ingleses comienzan a comprender que limitándose a acciones sólo de carácter político, será difícil afianzar los propios éxitos en ese terreno: la discusión sobre el voto democrático vuelve a adquirir una posición central. Las seis reivindicaciones planteadas por la People's Charter en 1838, tienen como objetivo el sufragio universal y la reforma electoral.¹⁴ En 1847, bajo las presiones del movimiento cartista, el Parlamento aprueba la reducción a diez horas de la jornada de trabajo para las mujeres y los niños.

Los avances del movimiento obrero inglés constituían un modelo para los trabajadores del continente. Con sus luchas, los ingleses habían demostrado que era posible obligar al poder público, al Estado, a intervenir en los asuntos de la sociedad civil e implantar medidas sociales que elevaran el nivel de vida de los proletarios. La intervención del poder público, obtenida mediante el combate sindical y político, contrastaba la tendencia "natural" al empobrecimiento de las masas. En Francia, los *ateliers sociaux* [talleres sociales] de Louis Blanc incorporan esta experiencia cuando, alrededor de 1847, demandan que el gobierno asegure el derecho al trabajo. La inclusión del derecho al trabajo entre los del hombre y el ciudadano será una demanda del movimiento parisino de 1848.

Las barricadas del 48 constituyen un hito decisivo en la dinámica del movimiento obrero europeo y también en la conciencia del Estado liberal. Por un lado, advertían sobre el grado de madurez política alcanzado por las corrientes democráticas y socialistas: elecciones por sufragio universal masculino en la Asamblea Constituyente Francesa, en el parlamento federal de los Estados alemanes, en el parlamento austríaco, en el húngaro.¹⁵ Por otro lado, señalaron, al menos en el occidente europeo, el fin de la política de la tradición, apoyada en la creencia en los derechos y deberes patriarcales de los hombres "social y políticamente superiores". Quienes habían hecho la revolución eran indiscutiblemente los "pobres que trabajan" y por eso, a pesar de su violenta derrota, 1848 indicó a los defensores del orden social que debían aprender la política del pueblo. No es casual que la elección de Luis Napoleón, en diciembre de 1848, se realice bajo la égida del sufragio universal masculino, ni tampoco que éste venga reintroducido con la restauración posterior.¹⁶

Finalmente, 1848 también mostraba la imposibilidad para la burguesía de eliminar el peso de la aristocracia a través de una alianza sin mediaciones con el proletariado. La combinación de estos factores conduce a los

¹³ W. Abendroth, *op. cit.*, p. 21.

¹⁴ *Ibid.*, p. 23.

¹⁵ G. Sivini, *op. cit.*, p. 19.

¹⁶ E. Hobsbawm, *Il trionfo della borghesia 1848/1875*, Laterza, 1979, pp. 29-31 [hay ed. en español].

gobiernos sucesivos a prestar mayor atención a la "cuestión social", * pero también empuja a la burguesía a las trincheras de la reacción.

Después del 48, apuntaladas por la coyuntura de prosperidad económica que se abre en 1849-1850, las tendencias liberales se refuerzan: el comercio mundial sufre un incremento considerable, los conflictos entre capitales se resuelven en el plano económico y la aristocracia descubre las ventajas de la mayor productividad del trabajo asalariado conforme crece la demanda de bienes alimentarios.¹⁸

Por su parte, el movimiento obrero se encuentra incapacitado para desarrollar una actividad autónoma, excepción hecha de Inglaterra, en donde gracias al asociacionismo sindical se había logrado preservar un mínimo de continuidad organizativa. ** No obstante, la crisis económica de 1857 provocará una reactivación notable. El éxito de la huelga de 1859 en Londres, donde por primera vez se organiza una coordinadora sindical de carácter nacional, estimula de nueva cuenta la lucha por el derecho de voto igual para todos —sostenida también por parlamentarios radical-burgueses. Los resultados se plasman en la reforma electoral de 1867 y en la reforma parlamentaria de 1884 que aseguraron, sobre todo la última, la participación electoral a la mayor parte de la población masculina.²⁰

El movimiento obrero francés también se reactiva y, a pesar de la prohibición sobre las coaliciones, tiene lugar una serie de huelgas por el mantenimiento de los niveles salariales. Una delegación obrera francesa viaja a la exposición mundial de Londres en 1862 y toma contacto con el Consejo Sindical de la ciudad. Comienza entonces a plantearse la posibilidad de una organización internacional de los trabajadores, la cual acaba por constituirse en septiembre de 1864.²¹

La Internacional se pronuncia por la aplicación igualitaria de los derechos del hombre y del ciudadano y acrecienta progresivamente su prestigio y autoridad entre los obreros europeos. En ella, además de los ingleses y los franceses que integran el núcleo principal, participan numerosos grupos de emigrados, como los alemanes exponentes de la Asociación Comunista para la formación de los obreros, así como sindicatos de otros países del continente; en su conjunto, los miembros de la Internacional eran portadores de ideas heterogéneas que comprendían incluso al liberalismo democrático.

* En Francia, por ejemplo, el régimen bonapartista instituye tribunales del trabajo, centros de asistencia a los obreros y asociaciones de consumo.¹⁷

¹⁷ W. Abendroth, *op. cit.*, pp. 37-38.

¹⁸ G. Sivini, *op. cit.*, p. 20.

** Son precisamente los ingleses quienes, en 1850, logran fijar en diez horas la jornada de trabajo para todos. En Francia se obtienen las doce horas.¹⁹

¹⁹ W. Abendroth, *op. cit.*, p. 37.

²⁰ *Ibid.*, p. 38.

²¹ *Ibid.*, p. 39.

Marx se apoyará en los sindicatos ingleses para dirigir el combate contra los utopistas y los anarquistas y otorgar una homogeneidad ideológica a la organización. A pesar de que su tarea fue más bien de apoyo y estímulo, los gobiernos europeos acusaron a la Internacional de haber fomentado la insurrección parisina de 1871. Se configura, entonces, un contexto propicio a la represión, que sería particularmente dura en Francia. Sobre la base de la experiencia de la Comuna, con cuya derrota se habían derrumbado las esperanzas de una nueva etapa de revoluciones democráticas, la Internacional adopta la resolución, en 1871, de constituir partidos obreros legales en los diversos países de Europa.²²

La fundación de la Internacional señala un momento decisivo en la dinámica del movimiento obrero: expresa la autonomía, tanto ideológica como organizativa, que los trabajadores habían venido construyéndose sobre el terreno de las luchas reivindicativas. Si 1848 visualiza dramáticamente la presencia obrera, la Internacional y sobre todo los hechos de la Comuna, le otorgan carta de identidad oficial. A partir de entonces, el proletariado se constituye en el interlocutor de la burguesía, en la fuerza política que definirá cada vez más el campo de las disputas de clase.

Las nuevas condiciones políticas encuentran una expresión sustancial en la organización de partidos obreros socialdemócratas, el primer tipo histórico de partido de masa. En los 30 años que corren del Congreso de Eisenach (1869), testigo del surgimiento de la socialdemocracia alemana, al Congreso de Minsk (1898) en el cual tiene origen el partido obrero socialdemócrata ruso, se forman los principales partidos socialdemócratas europeos.²³ De manera paralela, el sufragio universal, al menos masculino, adquiere progresivamente calidad de institución: tanto en la Alemania imperial como en la Francia de la III República, el derecho de voto para la población masculina es asunto concluido en 1871; en Suiza, España y Bélgica se logra en 1874, 1890 y 1893, respectivamente. En Italia, deberá esperarse a 1892 y, paradójicamente, en Inglaterra el mismo resultado se obtendrá sólo hasta 1918.²⁴ Sin embargo, las fechas diversas quedan enmarcadas dentro del arco de tiempo que asiste a las transformaciones más notables del Estado liberal representativo²⁵ y que en conjunto conducen al nacimiento del llamado Estado democrático o Estado social.

Con el impulso de la segunda industrialización, que tiene lugar alrededor de 1870, el sistema de democracia parlamentaria inicia su deterioro. La presión de las masas organizadas en partidos, a través de los cuales pueden hacer efectivo su derecho al sufragio universal, provoca el resquebrajamiento de las viejas estructuras políticas. Dentro de las dimensiones nacionales, tal proceso se realiza con ritmos diferentes y de acuerdo a las

²² *Ibid.*, p. 49.

²³ *Ibid.*, pp. 51 y ss.

²⁴ G. Barraclough, *op. cit.*, pp. 130-131.

²⁵ Cfr. Tranfaglia, "Sulla crisi dello stato liberale in Europa. Un'ipotesi di lavoro", en *La crisi dello stato liberale italiano*, Feltrinelli, p. 14.

características concretas de cada país; sin embargo, es posible recuperar ciertos elementos clave susceptibles de generalización.

El más inmediatamente apreciable de estos nuevos elementos es la posición que adquirirá el partido como punto de referencia básico del quehacer político. Aunque el reconocimiento constitucional explícito de los partidos tenga lugar ya bien avanzado el siglo xx,* es innegable que desde su mismo nacimiento redefinen el terreno de las luchas por el poder, desplazan a las envejecidas organizaciones de notables y se convierten progresivamente en el perno de la estructura política moderna. No podría ser de otra manera: la aparición de un electorado masivo exige formas organizativas nuevas con capacidad de acción continuada para enfrentar y convencer a amplios sectores de población. Los comités electorales o de notables, que comprendían a la casi totalidad de los individuos con derechos políticos basados en el sufragio restringido, sucumben frente al empuje de la democracia de masa. Esto no quiere decir que los partidos tradicionales, representantes de los agrupamientos de liberales y conservadores, desaparezcan de la contienda, sino más bien que su débil y, en realidad, casi ausente estructura, sufre un proceso definitivo de renovación. En Inglaterra el punto de partida fue la Ley de Reforma de 1867, con su extensión del sufragio en las ciudades. Los liberales enfrentaron la novedad a través del *Caucus*: aparato partidario de carácter permanente que en cada ciudad contaba con comités generales ejecutivos, cuyo conjunto integraba la Federación Liberal Nacional. Técnicas semejantes fueron instrumentadas también por los conservadores a través de la Sociedad de los Trabajadores conservadores y de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras. En Alemania, el Centro Católico se transforma en partido de masa a través de una hábil manipulación de las distintas asociaciones católicas. Los radicales franceses intentan también, con éxito limitado, organizarse sobre bases nacionales.²⁷

Barraclough anota que la fuerte tendencia al desarrollo de partidos de masa se ve obstaculizada por la actitud de los sectores medios, los cuales, atrapados en sólidas tradiciones individualistas, rechazan la sujeción a una disciplina de partido. Será el temor a la posibilidad del poder en manos comunistas lo que acabe por convencer definitivamente a estos sectores de la urgencia de crear organizaciones de masa: en 1932 nace el Partido Nacionalsocialista Alemán, expresión indiscutida de la pequeña burguesía.²⁸

* En Inglaterra, por ejemplo, el cambio fue sancionado en 1937 a través del Crown Act que, al establecer el espacio oficial del líder de la oposición, reconocía el sistema de partidos. En Alemania, la constitución de la República Federal —a diferencia de la Constitución de Weimar que expresaba una actitud ambigua hacia el sistema de partidos— asimila a las organizaciones partidarias como elementos integrantes de la estructura constitucional. Disposiciones similares fueron incluidas en la Constitución italiana de la segunda posguerra.²⁶

²⁶ G. Barraclough, *op. cit.*, p. 134.

²⁷ *Ibid.*, pp. 141-143 y F. Neuman, *op. cit.*, p. 59.

²⁸ G. Barraclough, *op. cit.*, pp. 144-145.

Como señala Cerroni, la difusión del partido de masa se liga a una causa estrictamente social: la agregación de un vasto sector de la sociedad civil, los trabajadores, que provoca una tendencia a la agregación general. De esta manera, el surgimiento de los partidos de masa conduce no sólo al desequilibrio de los mecanismos institucionales propios del Estado representativo * sino también a evidenciar la inconsistencia del principio sustancial del liberalismo: la separación entre sociedad civil y Estado, que sanciona la autonomía individual.²⁹ La presencia organizada de la clase obrera, sus demandas al poder público en nombre de específicos intereses de clase, descubren una relación diferente entre política y sociedad de aquella que el Estado liberal se había empeñado en afirmar. Los asuntos del Estado no pueden seguir resolviéndose en nombre de fórmulas abstractas como la "representación del pueblo soberano". Ahora la sociedad expresa clara y formalmente la separación en clases que la define en su estructura y ya no es el supuesto ámbito donde se desarrollan sin control y de manera independiente los intereses individuales. La extensión progresiva de la forma partidaria expresa y confirma, a un tiempo, este cambio fundamental.

La afirmación del partido como entidad organizativa clave de la democracia moderna se vincula estrechamente con el desplazamiento sucesivo del instituto parlamentario como espacio de formación de la "voluntad general". La autoridad que investía al parlamento en los días de la democracia liberal se traslada a los partidos, en un proceso que, con velocidades diferentes según cada realidad específica, no revela aún hoy sus últimas consecuencias. Actualmente, en la medida en que los resultados del debate parlamentario son decididos en forma anticipada por las asambleas y consejos de partido, el parlamento ya no constituye la arena política donde "se hacen y deshacen los misterios".³⁰

Un tercer aspecto de la crisis institucional del Estado representativo, conectado a la emergencia de los partidos, tiene origen en la cancelación de la ficticia independencia de los diputados. Los partidos de masa establecen una dirección política unitaria y centralizada, a la cual deben obedecer sus representantes parlamentarios. Mientras en los comités de electores o partidos de cuadros, característicos de la democracia liberal, era regla indiscutida el dominio de los diputados, ahora la situación se invierte. Si bien aún se considera la teoría que hace del diputado el representante de toda la *nación*, es obvio que su posición es muy distinta: el diputado se convierte, y cada vez más, en el portavoz del programa de un partido, dejando atrás las ilusiones liberales que lo definían como "iluminado 'in-

* En el sentido de que el partido se convierte en el centro de la organización política, desplazando al parlamento.

²⁹ U. Cerroni, *op. cit.*, p. 76.

³⁰ G. Barraclough, *op. cit.*, p. 153.

ventor' de la política".³¹ El principio de la "libre representación" es sustituido, de hecho, por la representación subordinada a específicos intereses sociales.

Finalmente, como destaca Cerroni, el aspecto más relevante que define el proceso donde confluyen el nacimiento de partidos de masa y la crisis de la democracia liberal, estriba en la calidad adquirida por el consenso popular, el cual se constituye en el punto de referencia preciso para cualquier actividad política. Este nuevo papel del consenso popular refuerza su incidencia al compás de la extensión del sufragio. Es así como el partido político alcanza el nivel de instituto universal:³² la compleja tarea de organizar y obtener el consenso de las masas, en una situación política estable, sólo puede ser realizada por medio de una organización permanente, con funcionarios especializados y con un programa definido, cual es el partido político moderno.

Hemos destacado el proceso democratizador que empuja tanto a la organización de partidos de masa como a la transformación de los mecanismos institucionales del Estado representativo. Conviene ahora hacer algunas anotaciones —de carácter general— sobre el contexto social donde tiene origen el fenómeno que nos ocupa. El período que asiste al surgimiento y difusión de los primeros partidos políticos modernos es también testigo de una verdadera revolución tecnológica, que induce la mecanización, formas productivas diferentes y el desarrollo de nuevos sectores en la industria capitalista. La industria conoce una fase de florecimiento y el producto social crece notablemente, * en consonancia, por lo demás, con la concentración progresiva del poder económico en un número reducido de grandes empresas que han renunciado con gusto a los principios de la libre competencia. Los tiempos del libre cambio tocan a su fin y arriban los del capitalismo monopólico.

Los nuevos niveles de industrialización aumentan el peso específico y la importancia de la clase obrera sobre la población total, e incrementan su capacidad de resistencia y su poder contractual.³⁴ El impulso a la democratización política, del cual es actor principal el proletariado y una de cuyas consecuencias definitivas es la organización de partidos obreros, encuentra sustento en este reforzamiento social de los trabajadores. A las presiones sobre el sistema político para obtener cambios fundamentales en los mecanismos de representación y de control, se agrega —señala Belligni— la necesidad de la clase dominante de contar con nuevos fundamentos para

³¹ U. Cerroni, *op. cit.*, p. 78. También G. Barraclough, *op. cit.*, p. 152 y F. Neuman, *op. cit.*, p. 55.

³² U. Cerroni, *op. cit.*, p. 78.

* R. Kühn señala que entre 1870 y 1900 la producción mundial se triplica.³³

³³ R. Kühn, *Due forme di dominio borghese. Liberalismo e fascismo*, Feltrinelli, 1976, p. 83 [hay ed. en español].

³⁴ S. Belligni, *op. cit.*, p. 11.

su legitimidad y nuevas alianzas sociales;³⁵ necesidad determinada también por la efervescencia del crecimiento industrial. Éste no sólo fortalecía a la clase obrera, asimismo engendraba divisiones en el interior de la burguesía, diferenciándola y deteriorando sus instrumentos tradicionales de unidad.³⁶

Existe otro proceso inducido por el crecimiento industrial, que se vincula también a los primeros pasos del partido moderno. Nos referimos a la movilización social³⁷ originada más directamente en la rápida urbanización que caracteriza al período. Conglomerados de extracción rural y artesanal son reestructurados sobre la base de las nuevas exigencias productivas; surgen también figuras profesionales vinculadas al desarrollo de la gran industria y del terciario. Portadores de nuevos intereses, los sectores emergentes presionan sobre el sistema político tratando de obtener una redistribución del producto y de las oportunidades sociales. Aunque se hayan servido de organizaciones diversas (como el sindicato, por ejemplo), estos grupos —anota Belligni— terminan por encontrar en el partido de masa el instrumento político más incisivo.

Las transformaciones democráticas y la movilización social se unen a un tercer elemento, que otorga una definición precisa al partido de masa, en lo que concierne a los contenidos programáticos y a la elaboración de alternativas: la doctrina socialista. El marxismo, con su capacidad para penetrar las leyes de funcionamiento y las tendencias de la nueva sociedad, cumple una función catalizadora entre los grupos movilizados por la propia emancipación y los sectores de la “inteligencia”, que se radicalizan y politizan frente a los fenómenos producidos por la industrialización.³⁸

En su conjunto, el contexto social que ampara el nacimiento del moderno partido político puede recuperarse como un contexto definido por la crisis. Crisis de participación, determinada por el proceso democratizador; de distribución, impulsada por la emergencia de nuevos sectores sociales; de legitimación, que toma cuerpo en las nuevas necesidades de la clase dominante y, en fin, crisis de la ideología dominante, inducida por el progresivo afianzarse del marxismo como *marco* de referencia explicativo (y también subversivo) de la sociedad.³⁹

La hipótesis de la crisis como guía metodológica para analizar la emergencia y/o el fortalecimiento de los partidos de masa, resulta muy seductora, sobre todo, porque —de acuerdo con Pizzorno— es indiscutible que su parte descriptiva corresponde netamente a los hechos sucedidos. Además, la afirmación de los partidos de masa ha coincidido, en forma general, con

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Consoli, “El Estado social, forma superior del Estado capitalista”, *Debate*, núm. 9, mayo-junio de 1979, p. 29.

³⁷ A. Pizzorno, “Schema teorico per l'analisi dei partiti politici” en *Il partito di massa*, *op. cit.*, p. 249.

³⁸ S. Belligni, *op. cit.*, p. 12.

³⁹ *Ibid.*, p. 13.

sucesivos períodos de crisis. Durante la primera posguerra los partidos socialdemocráticos europeos alcanzan su plena consolidación; a su lado se afianzan los partidos comunistas, aunque todavía carezcan de una base de masa consistente. Asimismo, los sectores católicos se reúnen en partidos cristianos de derecha o demócrata cristianos, estructurados según el modelo socialista. Después de la depresión de 1929, las organizaciones de matriz conservadora y comunista obtienen un peso político cualitativamente superior al del período precedente.⁴⁰

Sin embargo, hay que estar atentos al peligro que representa extender este esquema indiscriminadamente, si no se cuenta con un sólido apoyo en los datos empíricos.

Por otro lado, agrega Pizzorno, ni la industrialización ni aun la extensión del sufragio universal, contienen en sí mismos la exigencia de una respuesta político-organizativa con las características del partido de masa; dicha exigencia debe buscarse en la naturaleza de las crisis que, tanto la industrialización como el difundirse del sufragio, provocan en el conjunto del sistema.⁴¹ El incremento de la tasa de ocupación industrial no induce mecánicamente la organización de un partido de masa: es la combinación *específica* de los procesos de industrialización y democratización, y sus consecuencias en términos de crisis, lo que puede dar cuenta del contexto propicio o no para el nacimiento de un partido político moderno. En este sentido, puede ser útil recordar una consideración de Gramsci sobre el tema. Para Gramsci, los partidos políticos son "el reflejo de las clases sociales" y "surgen, se renuevan, se desarrollan, de acuerdo a los cambios de real alcance histórico que sufren las clases sociales en lucha..."⁴²

El componente que se refiere al grado de desarrollo de la lucha de clases, subrayado también por Pizzorno, es insoslayable en el análisis de la formación de un partido político. Esta aseveración parece obvia; sin embargo, es pertinente en la medida en que ciertos procesos de crisis, aun acompañados por fenómenos de movilización social, no corresponden necesariamente a variaciones fundamentales dentro de la estructura de clases y, por tanto, su incidencia en los aparatos partidarios es menos significativa.

La hipótesis de la crisis, trasladada a otros contextos, debe evaluarse sólo como un arma metodológica para el estudio de la formación y evolución de los partidos de masa. Como hipótesis sugiere los puntos de inflexión (crecimiento industrial acelerado, democratización, urbanización, movilización social) sobre los que se debe trabajar para lograr un primer acercamiento al fenómeno del partido. Partiendo de ella, recuperar, desde un punto de vista histórico, las etapas esenciales del proceso democratizador que nos interesa, así como sus ligas con el crecimiento industrial en que se ampara; desentrañar los contenidos y las demandas de la movilización

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ A. Pizzorno, *op. cit.*, pp. 247-249.

⁴² A. Gramsci, *L'Ordine nuovo*. Einaudi, 1954, p. 158.

social correspondiente (si es que la hay); reelaborar el concepto de crisis en función de las características del contexto específico y, finalmente, determinar si puede establecerse una relación entre la crisis concreta y la emergencia de la organización partidaria que nos ocupa, constituyen los distintos momentos de una compleja tarea de investigación que pretenda indagar sobre los orígenes y desarrollo de un partido político moderno.